

blema pavoroso, úlcera implantada en el corazón del Reino Unido), como una mancha negra en la divina faz.

En nuestro País no se ha hecho por ninguna casta el acaparamiento de la propiedad inmueble; y no existen esas turbas desmazaladas, macilentas, lívidas; aglomeraciones bestiales, greyes porcinas que infestan las calles y los pórticos de Londres, ostentando por toda indumentaria un guiñapo y por despensa una hortera de residuos ósecs, roídos, triturados por dientes de perro, lubricados con su baba inmunda.....

Es cierto que en algunos Estados del Interior hay grandes masas de indios pobres; pero, aunque están separadas de la extrema indigencia que caracteriza al pauperismo por un valladar ancho é infranqueable, pueden poner fácil remedio á su pobreza relativa y gozar de ciertas comodidades con solo sustraerse á la esclavitud del terruño natal y dirigirse á nuestros Estados fronterizos del Norte, donde tenemos Haciendas más grandes que un departamento francés, que una provincia española, que un cantón suizo, que un landgraviato alemán, ávidas de brazos auxiliares y de inteligencias cooperativas.

No hay, pues; no ha habido esa desprovisión absoluta de las mesas del pueblo en que ha hecho hincapié el Sr. Bulnes; no ha habido ese pueblo hambriento á que se refiere.

Los pueblos menesterosos mueren, como el tolteca con todo y su rey Topiltzin, sin dejar más huellas de su existencia que sus monumentos, ó agonizan, como el irlandés, en medio del arroyo, por los desahucios domiciliarios.

Ni esa muerte ni esa agonía ha sufrido el nuestro.

Pero supongamos que por una de tantas desgracias que suelen afligir á los pueblos, el mexicano hubiese estado hambriento en el 76; supongamos que ese año de caídas

y tormentas hubiese sido preparado por otro terrible, semejante al de 1788 en Francia, que precedió inmediatamente al espantoso movimiento revolucionario y cuyas calamidades naturales, exacerbando el sentimiento público, fueron parte en violentísimas escenas de sangre, de desolación y de exterminio.

¿Qué remedio?

El gobierno no está constituido bajo el sistema de una mayordomía rural.

—¡Hola! Juan, Pedro, Antonio, Claudio, ¡qué extenuados, qué perdidos estais! ¡Ea! Al trabajo, hijos míos, al trabajo! ¡A la manga, á la presa, á la labor, al bosque! Tomad, y después os daré más aún. Ya sabéis que vuestro trabajo *me* interesa y *me* conviene, cuando tengo en qué emplearos, que no siempre.—¿Y tú, holgazán? Te pasas el día entero tendido á la bartola en el pajar: no trabajas, tienes hambre y me robas. Toma, truchimán, ponte ahito; pero cuidado con.....

No; el gobierno no está constituido bajo el sistema de una mayordomía rural; y si bien le hará fuerza el deseo, el deber de mejorar en cuanto pueda la suerte de los gobernados, no podrá hacer otra cosa que apelar á cuestaciones de socorro para alcanzar aquel alivio en el caso supuesto.

Puede acometer empresas de entidad, de considerable importancia, como la apertura de caminos, de canales, de puertos, la construcción de campamentos & y facilitar así medios de trabajo al pueblo; pero, aparte de que esa gestión gubernativa no remediaría en su totalidad los males que trae consigo una calamidad pública, no puede hacerse, sino cuando la repleción del Tesoro lo permite.

Lo mismo decimos de los ferrocarriles, con la adición de que los frutos del destino no caen nunca en agráz,

como ha dicho con su incuestionable maestría el profundo pensador Schiller.

¿Empresas ferroviarias?

No era tiempo; y como es inútil que huelgue, por lo excusada é innecesaria, la demostración, no la hacemos.

Que haya caído el Señor Lerdo de Tejada porque exagerase la libertad hasta el grado de hacerla inalienable, es inconcebible y es absurdo.

La libertad es un bien de excelso origen y de naturaleza divina: el ansia de su goce y la idea de un Sér Supremo han existido en el corazón de todos los pueblos de la tierra con fraternal convivencia.

El drama paradisiáco de que nos habla la leyenda bíblica fué debido á un acto de liberación propia por el instinto, por el amor de la libertad presentida: como una levadura eterna ha fermentado en el alma del género humano, y es por eso que el etíope imbécil, que el turco indómito, que el ruso semi-bárbaro y que el apache montaraz la adoran: es la cornucopia inagotable de más ópimos frutos: su amor es como la túnica de Neso; quema y es inmune á la expulsión preservativa.

Cuando se habla de la libertad, se evoca un numen soberano; cuando se goza de ella, se siente el grandioso enorgullecimiento del sér; cuando se pierde, se sufre las torturas del infierno católico: enormes cascos de plomo encandecido, que se vuelcan sobre nosotros en diluvios ígneos.

¡Libertad augusta! ¡Libertad sagrada! ¡Libertad bendita! aliento universal, ley de la vida; yo te adoro.

Todos los pueblos han hecho sacrificios cruentos por ti; no hay región, en el globo, no hay desierto, no hay bosque, no hay árbol que no haya fructificado con la sangre de tus mártires: aspiración inmensa á ti se eleva, cual fuego en que arde el corazón del mundo, anhelo

servido te aclama, y la esperanza por excelencia de la vida en ti medra, en ti se reproduce, en ti consiste, libertad sublime.

El hombre que establece y consolida la libertad en su País y que, no contento con llevar á cabo tan grande obra humana, (más grande aún que la literatura y la ciencia, como dice Liéber,) la rodea de precauciones y garantías contra las propias debilidades y flaquezas, de modo que permanezca siempre y siempre sea, ora un merecimiento en la fortuna, ora una compensación en la desgracia: el hombre que proclama en leyes de constitución: "*Eres libre para todo, menos para dejór de serlo por enajenación de ti mismo,*" ha comprendido todo lo que es, todo lo que vale la libertad en la magnificencia de su concepto filosófico y la consagra por entero sin autorizar transacciones que la desnaturalicen ni quitas que la arruinen: ese hombre merece ser glorificado.

El pueblo que lo derribase á causa de esa amplia institución de la libertad, se haría acreedor á sufrir bajo el yugo de una servidumbre eterna y á llorar con lágrimas de sangre sus estupendos extravíos; porque los bienhechores de esa estirpe son prodigios de que la naturaleza es siempre avara.

Pero consolémonos: el pueblo mexicano no fué ingrato. Y como no es posible que la caída del Sr. Lerdo de Tejada haya sido un efecto espontáneo, es preciso que busquemos en otro orden de cosas la causa de aquel gravísimo suceso.

VII.

Existían esparcidos en la República multitud de intereses revolucionarios, que habían venido acumulándose desde el 1860.

En cada año un nuevo contingente se asía al núcleo de aquellos intereses, que fueron creciendo, creciendo, como los cuerpos anorgánicos, por adherencias externas, hasta llegar á consistir en un elemento vigoroso de ramificaciones infinitas; porque, especie de *tugendbund* patriótico, tenían adeptos y simpatizadores en todos los peldaños de la gradería social y aun en las mismas esferas del gobierno.

El representante de esos intereses; aquél que, con su sólo nombre, los autorizaba en la jurisdicción de la celebridad y el patriotismo; aquél, que les participaba de su brillo y su grandeza para elevarlos sobre el nivel de las vulgaridades turbulentas; aquél, que era su alma, su ídolo, la síntesis personalísima de su significación civil; aquél, por cuya fama fueron respetados y temidos, era un héroe de reputación caballeresca, un tipo hermoso de juventud y de virilidad; símbolo de esperanzas y de ensueños: como los Hoche, como los Pichegru todo aliento; todo disposición á las vicisitudes y á la muerte. (1)

La imaginación popular se complacía en adornarlo de todo género de dotes: era apto en la guerra, laborioso en la paz, entendido, perseverante, osado: había sido el héroe de mil odiseas fantásticas, y su nombre sona-

(1) Hay cierta semejanza de adversidad y de fortuna entre el General Díaz y el General Victoria. ¿Quién, al verlos errantes, perseguidos y abandonados en los bosques, hubiese dicho que les estaba reservado un solio?

Sus aventuras son dignas del romance.

Luis Felipe y Napoleón III han gozado advenimiento igual, cuando ya había huido la esperanza
Y Roberto Bruce?

Ah! ¡Cuán cierto es que debe uno no perderla ni en las más precarias situaciones!

ba con cierto prestigio mágico, generador del afecto, ó de la simpatía.

Con tan brillante jefe, los intereses revolucionarios se sentían poderosos y alardeaban de vigor y de fuerza, teniendo á orgullo el oponer á las personalidades egregias del gobierno otra personalidad joven, gloriosamente honrada y grandemente histórica, que se anunciaba novadora en la política tradicional, precursora inmediata y representante genuino de otra época de más amplitud en la administración, de más movimiento en el progreso, de más ascensión en el vuelo, de más rigidez en la conducta y de más densidad en el medio de existencia gubernativo.

Intereses así creados y robustecidos ¿qué mucho que á cada momento entrañen en ignición y diesen señales de vida próspera aquí, allí, allá, todos los años, perturbando el público reposo y la esfera de la administración regente?

¿Qué hacer de esos intereses levantiscos, que trepidaban en las entrañas del País como un fermento de perturbaciones y discordias?

¿Exterminarlos radicalmente?

No es fácil: no es posible.

¿Asimilarlos á los intereses opuestos para que *entonces todos sean unos mismos*, por la ley de la igualdad y de la identificación?

Puede ser; pero ¿cómo, cuándo y por quién ha de ser obrada esa asimilación portentosa, que ha de acabar con los colores de bandería en la patria y hacer que los intereses del Teniente y del Zapatero se confundan en la misma esperanza, en el mismo anhelo, en el mismo goce de la paz?

¿Cuestión compleja de entidad suprema y de enunciado pavoroso!

Era preciso que los intereses revolucionarios llegasen á su "momento de oro," al suspirado triunfo para que después declinasen y muriesen; porque, vencidos y no exterminados por el gobierno, cobrarían nuevos bríos, alentarían con nuevas esperanzas y volverían á presentarse en la liza de las batallas más aleccionados y tenaces bajo el punto de vista militar; aunque, quizá desvirtuados y mal dirigidos por jefes sin representación, sin habilidad y sin experiencia, podrían dar al traste con la nacionalidad y con la raza.

Ya no es posible que nos aislemos en nuestro nido de águilas; estamos estrechados por relaciones exteriores infinitas: el cumplimiento de nuestros deberes como nación no debe limitarse al perímetro del territorio; porque ni nuestra suerte ni nuestra conducta pueden ser indiferentes á los demás pueblos de la tierra.

En la imposibilidad de ser exterminados, era, pues, preciso que los intereses revolucionarios triunfasen; pero no en manos de un espadachín de la milicia, no en manos de un togado visionario y espantadizo, como el pretendiente de Diciembre; sino en manos de un campeón formidable, de acerado puño, de titánico esfuerzo y de ilustrada conciencia, que supiese convertir al servicio, al provecho de la patria el triunfo de aquellos intereses, doméníndolos con incontrastable valentía.

¿Cómo no hemos de decir mil veces y con calurosísimo entusiasmo que el Sr. Gral. Díaz ha sido para el País una indemnización gloriosa y de felicidad patente?

¿Qué habría sido de la República, si los intereses revolucionarios extraviados, entorpecidos por la máscara constitucional de D. José M.^o Iglesias y acaparados por él, hubiesen llegado á triunfar bajo sus efímeros auspicios, del Sr. Lerdo de Tejada?

Por fortuna en "Los Adobes" quedó soterrada la

pretensión del ávido Iglesismo, juntamente con las rapsodias de sus trovadores y con los pujos imperiales de su mantenedor de Guanajuato.

¡Por fortuna! sí.

No incumbía al Presidente de la Suprema Corte el oponer un veto de resistencia á las declaratorias de las Cámaras colegisladoras en el orden de la administración y la política, y estaba reservado á la desmañadísima conducta del Sr. Iglesias servir de reclamo para que fuese alterada de raíz la institución de la Vice-presidencia de la República y sustraída á las prerogativas y á las tentaciones de una investidura ociosa permanente.

Pero dejemos al ofuscado decembrista; aunque fué muy culpable por haber cedido con increíble docilidad á las sugerencias de hipnotismo de gárrula bandada de sofistas, que con la pompa y la fachenda del énfasis, proclamaron el *casus foederis* de que derivaban los derechos de su jefe, en involucrados manifiestos de aturridora greguería.

Hemos dado á entender que el Sr. Gral. Díaz convirtió el triunfo de los intereses revolucionarios al servicio de la patria; pero..... ¡qué conversión tan laboriosa y tan difícil! ¡qué genio ha habido menester! ¡qué crudeza de voluntad y qué perseverancia tan porfiada!

Figuraos, Señores, la situación superviniente si aquellos intereses, embriagados con el esplendor del triunfo y defraudados en sus esperanzas, se hubiesen restituido á sus cubiles á rugir desesperados y rabiosos.

Figuraos la balumba de sacudidas y hecatombes y el trepidar eterno y la perenne lucha con su obligadísimo cortejo de apostasias, de desesperaciones y miserias.

Figuraos el *hastaquí* final impreso á cañonazos en las montañas de la patria por un pacificador, intruso sí,

pero posible, de allende el mar. ó allende el río y decidme: el Sr. Gral. Díaz ¿ha desempeñado bien su papel?

Conocedor de los intereses revolucionarios; alma, jefe, ídolo suyo que era, comprendió que todo estaría perdido en la República: gobierno, quietud, independencia, si aquellos intereses permanecían los mismos, amenazadores, turbulentos, discolos, formando comunión aparte, con el són de la protesta por encanto y el lenguaje del reto por protesta; y reconcentrado en sí propio, sombrío, huraño, taciturno, entrevió el desmirriado espectro de la patria, que le gritaba: ¿y bien. . . . ? ? con entonación prolongada de pregunta múltiple.

El que hubiese querido estar en la situación del Gral. Díaz y hacer sus veces, sin tener su pujanza, sin poseer su fe ni su hondo conocimiento de la revolución; el que hubiese querido imitarle, sin abrigar su fanatismo por la patria y su arraigadísima conciencia del bien, habría rodado hasta el abismo, ensordecido por la rechilla del fiasco y abrumado de imprecaciones furibundas.

—¿Y bien? clamaba el espectro de la República con interrogaciones pavorosas.

—¡Oh! Pára; mira, yo te adoro; eres la esencia de mi vida, y por ti soy capaz de sufrir todas las muertes, todas las agonías y todas las desgracias, sobrevenidas de improviso en el apogeo de la dicha para que más terribles y brutales sean. Esos intereses que han triunfado por mí después de 16 años de dolorosos sufrimientos y de transferidísimas esperas; esos intereses que parecen afectados de insubordinación y turbulencia ingénitas; que ahullan, que vociferan, que reclaman, que truenan, que aterrorizan, que sacuden, que nublan como plaga de amenazas tu esplendente cielo; esos intereses con sus capataces y sus mantenedores, con sus

guardias y sus fieras, con sus astros y con sus satélites, con sus exigencias y sus pretensiones, con sus anhelos y sus esperanzas, con su parte de pensamientos en tu felicidad, son asimilables, en el triunfo, á los intereses opuestos que se han desarrollado en tu bendito seno: yo haré esa asimilación grandiosa, yo llevaré á cabo esa fusión sublime, por modo, que unos y otros intereses se confundan en la identidad de naturalezas y esperanzas, de anhelos y responsabilidades, de medios de acción y perseguidos fines: la paz se hará; unos y otros intereses se aunarán en ella: el espíritu de turbulencia desaparecerá en el estrecho abrazo del militar y el campesino, y tú. tú. tú. “¡espléndido es tu cielo, patria mía”!

VIII.

• No era, pues, un alud revolucionario, no era una avalancha de hombres, solamente, lo que se precipitara contra el Sr. Lerdo en 1876; era una nueva época con toda la fuerza del destino y con todas las condiciones de éxito de las metamorfosis fatales.

Esto es ahora tan perceptible como la evidencia.

El aspecto viviente del País ha cambiado; la población ha crecido un cincuenta por ciento; la riqueza se ha elevado al duplo: tenemos 2,500 leguas de ferrocarril y 15,000 de telégrafos: la industria en todas sus manifestaciones, fabril, pecuaria, agrícola, crece y se desarrolla. Yucatán inunda á los Estados Unidos con su henequén; Coahuila con sus vinos, su ixtle y sus metales. Todo tiene cierto aire de fiesta y de renacimiento y en todo se observa el sello característico de una época diversa.

Debemos al Sr. Gral. Díaz esa mudanza triunfal: la unificación de intereses á que hemos hecho referencia es la labor de un hombre de pró, autorizada por la divini

dad del éxito y por la excelencia de los resultados.

La actualidad está llena de prometimientos: en todas sus facetas, en todas sus empresas, en todas sus agitaciones palpamos el polvo de oro de la nueva era.

¿Cómo había de resistir el Sr. Lerdo de Tejada la coalición de los hombres y los tiempos?

Era de bastante buena ley para no rendirse sin lucha y resistió los embates con la romana impavidez de su carácter: no pensó siquiera en transacciones, y cuenta que no han faltado titanes del poder, ni reyes de la fuerza, ni dioses del olimpo, que se hayan rendido á discreción de vencedores en problema.

En lo más recio de la pelea estuvo firme y en el período álgido también. (1) El desconcierto mental que proviene del insuceso desastroso y del ensombrecimiento que producen las negras nublazones interiores, desconocido fué á su organización privilegiada.

Siempre fuerte, siempre en actitudes decorosas, las violencias más desapoderadas no pudieron arrancarle una entraña; porque, en posesión perenne de sí propio, no perdió, siquiera á las redacciones de periódico, el respeto que derivaba de sus principios constitucionales. (2)

Mas cuando, caída el alma por aquel cenagosísimo raudal de ingratitudes y perfidias, de deserciones y de engaños, de traiciones y de apostasías, vióse solo, ais-

(1) Uso la frase "período álgido" en sentido opuesto á aquél en que es usada generalmente; porque no significa período de efervescencia, sino de enfriamiento.

(2) Si mal no recordamos, sólo al fogosísimo é intransigente Director de "El Padre Cobos," D. Ireneo Paz, recluyó el Sr. Lerdo de Tejada, y no porque aquél fuera su enemigo, sino porque había llegado á hacer de su lenguaje un precipitado de furor y de violencia y de su periódico un cartelón de anuncios y de jaleos revolucionarios.

lado, vagabundo en su palacio-ciudadela, sin más asistencia, que la de tres ó cuatro compañeros de amistad ultraterrestre; cuando llegó á contemplarse revendido, juguete magestuoso de personalidades abyectas; cuando llegó á sentir en torno suyo el frío del abandono y á escuchar lejos, un poco más lejos el gallear de los cañones de Tecuac, vulecos de mortal arrancamiento ha de haber dado su alma, porque ha de haber sentido el hastío de la vida y el profundo desprecio de los hombres.

¡Qué dramas!

¡Qué vergüenza para aquellos tránsfugas!

El que arrancó la lengua á Marco Tulio y el asesino de Lincoln no merecen más baldón.

Cayó el ilustre ciudadano.

Y qué?

La caída no excluye á la grandeza.

Napoleón I y Julio César han caído más lastimosamente: el uno aherrojado á desierta roca, sin esperanzas de retorno patrio; el otro cosido á puñaladas ante la estatua de su rival; y no dejan, por eso, de ser grandes.

Pero la grandeza del Sr. Lerdo es de índole diversa de la de aquellos próceres de la Historia; porque él no dejó su patria invadida, como Bonaparte, ni entregada al crudo despotismo del imperio naciente, como César.

Buscó en New-York un refugio.

Para qué?

¿Qué podía temer el gran repúblico?

Todo y nada. Cuando se desencadenan las pasiones contra la resistencia y alcanzan el laurel de la victoria, el delirio de las almas no deja lugar á la visión, y todo es ceguedad y todo es deslumbramiento; parece que el triunfo es razón capitalísima, razón toral, que legitima y autoriza todo; porque se hacen tantas cosas, sin más que por haber triunfado!

Buscó en New-York un refugio, y allí vivió contraído, silencioso, inmóvil, como árbol arrancado de cuajo por los huracanes del mundo en el enhiesto Popocatepetl.

IX.

¡Ah! Sentir en el alma el contento de nosotros mismos por la conciencia de las buenas obras, y el disgusto acre, hondo, punzante, envenenado por la ajena conducta de ingraticudes y falsías; sentir que el corazón rebota en vuelcos de regocijo por el vencimiento de una lucha magna, ingente, colosal, suprema, útil, y que luego se contrae acongojado por picalugadas espantosas; sentir que amamos á la patria como divinidad sobre la tierra; que sus lágrimas nos ahogan, que sus alegrías nos arrebatan, que nos enardece su entusiasmo, que nos eucanta su felicidad, que nos eleva su orgullo, que nos hunde su rebajamiento. y morir lejos, muy lejos, hambrientos de ella, relegados al olvido, á la desesperación, al abandono; pero con los ojos abiertos por el último esfuerzo de la voluntad, y fijos. . . . fijos. . . . fijos en el rumbo sagrado de esa patria.

¡Ea! Señores, confesemos que no hay mucho entre nosotros que aliente á nuestros hombres á ser grandes.

Los que despuntan sobre el horizonte de la política, de la literatura ó de la ciencia parecen fruto de árbol prohibido; porque hacemos pasto en ellos con fruición de sibaritas.

Sus talaes?

Se los cortamos; y apenas, si con pesado vuelo, lograrán elevarse sobre montículos de arena.

Y después la jeremiada lacrimosa: ¡qué infrecuencia en el aparecimiento de ciudadanos insignes!

Les hacemos morir y preguntamos con candor de ti-

gre: ¿por qué no vienen?

El Sr. Lerdo de Tejada murió en New-York, después de doce años de extrañamiento crudelísimo: murió, en cierto modo, expulso, él, á quien no pudieron expatriar 50,000 franceses auxiliados por 20,000 traidores.

¡Oh tiempos! ¡Oh patria!

Los hombres no son más que átomos que se agitan en el medio ambiente de la vida: el batir de alas de un insecto los dispersa cuando han cumplido su misión terrestre, y cuando no, ni soplos violentísimos de Eolo pueden, siquiera, apresurar su curso.

Se enfurecen, se calman; se elevan, se derrumban bajo el influjo señorial de la mudanza; y cuando esperan que sus obras permanecerán con su barniz de fuego en una identidad perenne, hallan que Roma entra á su vez en el Epiro, que es un Tiberio el sucesor de Augusto y que Ptolomeo Evergetes paga á Cábises.

Los años se deslizan, los siglos pasan, como las moléculas áceas por el ojo de la clépsidra; y la mudanza de las cosas, cual si fuese una ley de la naturaleza, permanece adherida al núcleo de las estabilidades eternas: ella es portadora de consuelos y reivindicaciones; ella reimpatria á los proscritos magnos en ataúdes de oro y desata en flujos de alabanza la lengua del mutismo convencional; ella nos ha devuelto al Sr. Lerdo, glorificado, enaltecido, reintegrado en su talla de gigante y con todos los florones de su corona espléndida.

La patria lo recibe con arranques de madre amorosísima y llora gemebunda sobre su muerta faz.

Llora, madre, sí, llora por ese atleta fenecido.

¿Tienes, por ventura, muchos que se le parezcan?

¡Plegue á Dios darte uno cada siglo!

Mas. . . ya le plugo, ¡oh cielos! y cuán presto!

Santa Fe de los Linderos, Mayo 26 de 1889.

José M. Santos Coy.

1234567890

CAPILLA ALFONSO X



F1233

.5

.L47

S3

1020003034

105167

AUTOR

SANTOS COY, José M.

TITULO

El Sr. Lic. D. Sebastián

~~Lerdo de Tejada~~

Laura

